

La nostalgia y la amargura

Por ENRIQUE GUARNER

La experiencia nostálgica resulta común en el ser humano. Sin embargo, como mejor la conocemos los psicoanalistas es a través de la obra de Marcel Proust «A la recherche du temps perdu», que fuera publicada en Francia entre 1922 y 1931. En esta serie de magníficas novelas, el autor adopta la forma autobiográfica o de memorias y evoca recuerdos de su infancia en cuyo minucioso análisis se recrea el escritor, deteniéndose para ofrecernos los matices más profundos de personajes y lugares.

En general, la serie de novelas sin mucha trama, son impresiones de la casa de Proust en Auteuil, donde largamente se recuerda el sabor de las «madelines o bizcochos». Parecería como que los sentidos del gusto y el olfato se conectaran con un pasado mejor. Asimismo en «du côté de chez Swann», que constituye el primero de los libros se detalla copiosamente el episodio en que el niño espera el beso de despedida de la madre, pero ella falta a la alcoba con motivo de su sobremesa con el señor Swann. No obstante, para su fortuna el protagonista despierta la mañana siguiente con su progenitora dormida junto a él.

Por las páginas de «A la recherche du temps perdu», desfilan descripciones del padre, los parientes, Francisca la fiel sirvienta, Vinteuil el célebre músico que es un retrato de Saint Saens y la mujer vulgar Odette de Crecy. También se plantea el amor por Albertina quien cita al para entonces adolescente en la habitación de su hotel. Hallándose ella indispueta la recibe acostada y al intentar besarla, siente el mayor de los rechazos que finaliza con el idilio que duró casi un verano.

Un resumen de esta inmensa obra resulta imposible, pero en ella se puede percibir la bisexualidad de su autor. Albertina despierta de nuevo su amor al saber que es lesbiana. Todas las figuras femeninas se tornan ambivalentes como sin lugar a dudas lo fue la madre de Marcel Proust y además pasan de la condición idealizada a la mayor devaluación. El esquema temporal cambia en forma inexorable y a veces el tiempo se fusiona en el desarrollo de dos escenas amorosas.

De la misma manera llama la atención el que el escritor francés trate la melancolía con gran belleza en la prosa, pero más que nada con una precisión psicológica digna de Sigmund Freud. Parecería que Proust centra su interés en las sutilezas indefinibles y es por ello que la emoción de la nostalgia predomina en la obra.

Alguien se preguntará: ¿Cuál es la razón de que ciertas añoranzas vuelvan a nuestra mente? La respuesta reside en un deseo de volver a un placer que idealizamos, lo que trae aparejado un cierto sabor amargo, porque ya nunca podremos revivirlo.

La palabra nostalgia se deriva del griego y se refiere a un deseo de retornar al hogar que hablamos abandonado. Sin embargo, nunca es solamente el lugar físico lo que se evoca, sino como vimos a Proust, son las personas, los objetos, los olores y hasta el sabor de las comidas.

El sentimiento nostálgico es recordado a través de la historia, puesto que en el salmo 37:1, se menciona la tristeza de los judíos que al ser vencidos por Nabucodonosor tienen que abandonar sus tierras y se nos dice que lloraban cuando traían a la memoria la patria de Zión.

Los antiguos griegos vivían sumergidos en las leyendas de Homero. Asimismo el hombre de la Edad Media solía añorar un pasado en el que suponía que existió la perfección. Es por ello que las célebres novelas de caballería representaban una forma de retener a los héroes que nunca existieron.

Recuérdese también que los Enciclopedistas que precedieron a la Revolución Francesa se sentían nostálgicos de una vida primitiva en la que suponían floreció la justicia y no había aristocracia. Este deseo de retornar a un estado ideal en el que impera la simple y la bondad en unión con la naturaleza ha sido proclamado por el hombre desde que apareció en el planeta. Tal vez fuera ésta la razón por la que Teócrito solamente escribía sobre las bellezas del campo. Este poeta griego había nacido en Alejandría y sus añoranzas por la vida rústica representaban un idilio con aquello que se perdió a partir de la infancia.

Podríamos afirmar que siempre ha existido una nostalgia biológica, puesto que en los animales inferiores se da una búsqueda instintiva del sitio en que se nació. Recuérdense aquí los trayectos de los salmones para regresar a desovar en el lugar del que partieron en sus vidas. En el ser humano la nostalgia se desarrolla en relación con los padres y en el fondo es una demanda para la reunión con ellos. Aquellos que detenidamente elaboraron su infancia y en la edad adulta encuentran objetos sustitutos, logran que la evocación de sus recuerdos no se haya dolorosa.

La amargura

En «La Reliquia», la extraordinaria novela que uno de



mis escritores favoritos, el portugués José María Eca de Queiroz, publicara en 1885 se nos describe a la amargada beata doña Patrocinio de las Nieves. Según el autor, ella era:

«Doncella vieja y reseca como un retoño de sarmiento; no habiendo sentido jamás en su líbida piel más que los bigotes del comentador Godiño paternaes y canosos. Rezongando sin cesar ante Cristo desnudo aquellas jaculatorias de las «Horas de piedra», sollozantes de amor divino; a la tía se le fue penetrando un rencor envidioso y amargo hacia todas las formas y gracias del amor humano. Y no le bastaba con reprobar el amor como cosa profana. Doña Patrocinio de las Nieves hacía una mueca y lo barría como cosa sucia. ¡Un muchacho formal amando seriamente era una porquería! Cuando sabía que una mujer había tenido un hijo escupía murmurando: ¡Que asco! Y encontraba la naturaleza obscena por haber creado dos sexos».

«Rica, apreciando la comodidad no quiso tener ningún criado para que no hubiera en la cocina, ni en los pasillos: faldas rozándose con pantalones. Y a pesar de que iban blanqueando los cabellos de Vicenta, decrepita y tartamuda; de no tener dientes la otra criada; estaba siempre registrando sus baúles para ver si encontraba fotografías de hombres, cartas de hombres, rastros de hombres, olor a hombres».

Esta magnífica descripción de la amargura por privación sexual nos demuestra su principal característica, o sea, la justificación de una conducta que lleva a la persona que la sufre a una verdadera persecución. El amargado reprocha a los demás lo que le repugna, porque está en su interior. El resentimiento con aquellos que no le entienden sus obsesiones da lugar a una verdadera paranoia imaginándose que existe una conflagración en su contra.

La palabra amargura, se deriva del griego y se refiere a ciertos alimentos de gusto desagradable, parecidos a la hiel o al acibar. Fue por ello que los helenos consideraban a quienes presentaban esta característica como individuos que secretaban un exceso de bilis. En realidad, existía cierta razón dado que los amargados atormentan a quienes les rodean con su sinsabor. Nunca parecen estar contentos y sin embargo su estado de ánimo no es triste, sino resentido.

El individuo que sufre este tipo de aflicción piensa que el mundo se porta mal con ellos y que no reciben la suficiente condescendencia o consideración por parte de los demás. Por ejemplo, si quiere salir al campo se nubla el cielo. Sus libros se publican en una época en que nadie los lee. La esposa recibe visitas exclusivamente para molestarlo; o un hijo es tan desconsiderado que requiere de una intervención quirúrgica cortándole el viaje que había planeado. Todo esto es expuesto ante los que le rodean en un tono quejumbroso y de manera irritante. El amargado es combativo y utiliza una crítica implacable y ácida, podríamos decir que está llena de veneno.

Alguien se preguntará: ¿Cuál es la razón de presentarse lleno de tribulaciones frente al mundo? La respuesta puede encontrarse en una especie de satisfacción, porque la persona amargada domina y decide cómo debemos amar y odiar. Al volverse mordaces facilitan la idea de algo que todos llevamos dentro, o sea, que la vida es amarga. Podríamos añadir que evitan lo insípido y monótono. Entre los chinos existe una forma de saludarse en que se dicen unos a otros: «Comeremos lo amargo», lo cual nos indica que si este afecto no se vuelve total dentro del yo, puede resultar adaptativo y no siempre ser patológico, porque cierta amargura forma parte de la misma existencia humana.